

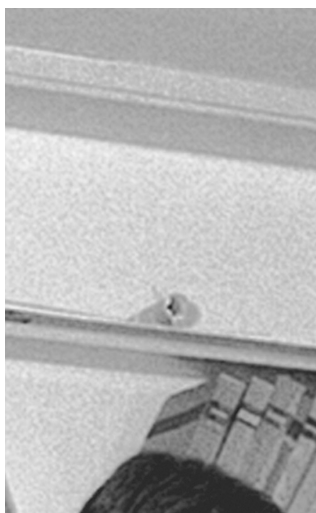
Juan Andrade

EL PCE y el PSOE en (la) transición

La evolución ideológica de la izquierda
durante el proceso de cambio político

SIGLO
XXI
ESPAÑA

2.^a edición



PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Juan Andrade

Cuando escribí hace unos años la tesis doctoral en la que se basa este libro no pensaba siquiera que fuera a publicarse en condiciones de, digamos, relativa visibilidad. Mucho menos que poco tiempo después de publicarse pudiera merecer una segunda edición. La voluntad de Siglo XXI de España, el interés creciente por el tema y el contexto actual han facilitado que así sea.

La preparación de una segunda edición, cuando está relativamente espaciada de la primera, tiene efectos ambivalentes para el autor. Por una parte, presenta el inconveniente de desviar su atención de los nuevos proyectos que tiene entre manos, para devolverle, otra vez, a aquello que consideraba cerrado. Por otra, tiene la virtud de obligarle a una relectura con mayor perspectiva de su trabajo. En esta relectura a veces uno se sorprende gratamente, pues se encuentra con ideas o hipótesis que había olvidado y que de pronto estima interesantes. Otras veces uno mira con menos indulgencia lo escrito o se incomoda cuando tropieza con alguna afirmación que de repente le resulta endeble. Si lo primero suele animarte a seguir trabajando, lo segundo puede ayudarte a hacerlo mejor. Aunque en varios momentos de la relectura he experimentado la satisfacción intelectual de discrepar al cabo del tiempo conmigo mismo, en lo sustancial sigo estando de acuerdo.

En este libro, como en casi todos los libros de historia, se cruzan al menos tres dimensiones temporales: la del tiempo narrado, la del tiempo en que se narra y la del tiempo en que se lee lo narrado. Creo que una parte del interés del libro radica en la peculiar relación entre estas tres dimensiones temporales. El libro trata de la llamada transición, del proceso de cambio que condujo a la tipificación constitucional en 1978 de nuestro actual sistema político y que contribuyó a prejuzgar, en cierta medida, el régimen político que se desplegó en las décadas siguientes. El libro se escribió cuando poca gente, aunque cada vez más, miraba de forma crítica el llamado régimen del 78 y el proceso de transición que, en cierta medida, vuelvo a re-

petir, condujo a él. El libro se leerá hoy cuando el agotamiento de ese régimen resulta evidente y parecen despuntar algunas alternativas. Pero junto a estas tres dimensiones temporales quiero mencionar una cuarta que en el libro no aparece y en la que ahora estoy trabajando. Me refiero a la década de los ochenta y la de los noventa. El problema de algunos relatos críticos con la transición es que han situado este proceso de cambio como el chivo expiatorio de todos los males que nos aquejan en la actualidad, obviando o minimizando la responsabilidad al respecto de las orientaciones que gobiernos de un signo u otro impusieron en ambas décadas gracias a la reedición de los viejos consensos y a la edición de otros nuevos.

Si alguna vez los libros son obra exclusiva de quien los escribe, dejan de serlo en el momento que son leídos. En este sentido sigo creyendo que el conocimiento es una producción colectiva que cataliza el escritor de turno, sin que ello le exima de responsabilidad a la hora de hacerlo mejor o peor. También creo que cada lectura es un acto de creación que suele sacar del libro cosas nuevas o proyectar otras que ni siquiera estaban sugeridas. Indudablemente uno siempre escribe sobre el pasado a partir de sus facultades profesionales y, para qué negarlo, de sus valores y expectativas presentes. También cuando uno lee lo hace desde estos parámetros. Mis capacidades espero que hayan mejorado. Mis valores siguen siendo los mismos. Mis expectativas de entonces, por corresponder a otro tiempo, son distintas a las que ahora tengo y sin duda distintas a las que ahora puedan tener, en un sentido u otro, los nuevos lectores del libro. Entre la primera edición y la segunda ha pasado poco tiempo, pero han sucedido muchas cosas, lo que en historia equivale a decir que ha pasado mucho tiempo. La salida que se está buscando a la crisis económica ha aumentado las desigualdades sociales y la pobreza, la corrupción política se ha revelado estructural, en la Jefatura del Estado se ha consumado de la noche a la mañana la sucesión dinástica y el sistema de partidos de los últimos años parece que llega a su fin. En este nuevo contexto creo que el libro se leerá con otros ojos, más entusiastas, más temerosos, en cualquier caso probablemente más apasionados. Eso está bien. Pero si yo soy responsable de todo lo escrito, cada cual será responsable de lo que lea.

El propósito del libro era analizar un proceso histórico interesantísimo que a mí me inquietaba particularmente. Cuando uno dedica tanto tiempo a escribir sobre un tema lo hace, más que para

explicarlo, para explicárselo a sí mismo. Por eso creo que el libro tiene en algunos momentos una narración más lenta e indagatoria. Si normalmente escribimos para exponer lo que pensamos, en la investigación pura uno escribe más bien para saber lo que piensa.

El proceso histórico del que trata el libro es el de la peculiar e intensísima evolución ideológica que experimentaron los dos principales partidos de la izquierda parlamentaria en la transición española. En apenas cinco años el PSOE pasó de proclamar, aunque fuera en términos retóricos, su condición de partido marxista a desplegar un discurso menos ideologizado que se movía en las coordenadas de la socialdemocracia, el liberalismo social y la tecnocracia. Por su parte, el Partido Comunista de España puso distancias con la ortodoxia del marxismo-leninismo típica de muchos de los partidos surgidos de la Komintern e impulsó un nuevo fenómeno ideológico, el eurocomunismo, que, sin embargo, se ahogó en la crisis orgánica que el partido sufrió al final de la transición. Lo primero que yo pretendía subrayar al respecto es que este transformismo ideológico no fue, como a veces se había presentado, un epifenómeno de la transición, sino que fue un correlato ideológico del modelo de cambio político.

Al analizar esta evolución ideológica pretendía también varias cosas. En primer lugar, pretendía poner de manifiesto cómo la izquierda vivió su propia transición dentro de la transición, cómo su intervención en este proceso de cambio institucional incentivó su propia transformación ideológica. El fracaso del proyecto de ruptura democrática obligó a los partidos de la oposición a negociar, en mejores o peores condiciones, su integración en el futuro sistema político. En esta negociación nada simétrica se sintieron forzados a neutralizar su identidad republicana. Posteriormente, su implicación voluntaria en el consenso gubernamental les llevó a pactos con fuerzas políticas muy distantes, a convivir con la amenaza golpista y las presiones de los poderes fácticos y a interiorizar en consecuencia la lógica siempre moderadora del gestor. Su moderación ideológica fue en cierta medida una adecuación verbal a esta práctica política tan constreñida por la que habían apostado. Por otra parte, la vertiginosa dinámica de la transición produjo importantes y repentinos cambios en el escenario político, que animaron a estos partidos a cambiar sus objetivos y, en consecuencia, los principios ideológicos que podían legitimarlos. Si el PSOE del tardofranquismo necesitaba radicalizar su discurso para resituarse dentro de una oposición social a la dictadura

hegemonizada por el PCE y competir con el resto de los partidos socialistas, pocos años después, cuando ya había absorbido a la mayoría de estos y el PCE era una fuerza minoritaria en el Parlamento, entendió necesario aliviar la carga ideológica de sus discurso para ganar las elecciones a partir de un electorado mucho más moderado.

La transición se produjo dentro de un contexto internacional muy convulso y en la transición se produjeron además cambios muy intensos en la vida interna del PCE y en la composición sociológica del PSOE. Ambas cosas también explican la evolución ideológica de los dos partidos, constituyendo, con la dinámica política de la transición, una tríada de estímulos que se fueron retroalimentado en una misma dirección.

La pertenencia de España al bando occidental en un contexto todavía de Guerra Fría limitaba en gran medida las posibilidades de abrir un proyecto de cambio social profundo, lo cual volvía retóricas algunas de las declaraciones y teorizaciones del PCE sobre su voluntad de construir de manera pacífica y sin apenas coacciones el socialismo a medio plazo. La crisis económica estructural del capitalismo en la década de los setenta, cuyo detonante había sido la subida de los precios del petróleo, dificultaba además el desarrollo de futuras políticas sociales en los términos socialdemócratas en los que se habían desarrollado hasta entonces en Europa, lo cual empujó también a un PSOE con posibilidades de ganar las elecciones a adecuar su discurso a un proyecto de futuro gobierno mucho más comedido. Lo interesante en el caso de la izquierda española es que cuando estaba tratando de protagonizar la transición a la democracia en España de acuerdo con los esquemas y expectativas de un contexto europeo de época, el del keynesianismo de posguerra, este contexto empezaba a mutar en términos sociales y culturales muy desfavorables. Este desajuste, del que apenas fueron conscientes los dirigentes del PCE, también explica su desconcierto durante el proceso.

En cuanto a la composición sociológica, en el caso del PSOE, por ejemplo, la moderación ideológica fue impulsada por la dirección gracias a su control del aparato de poder del partido, pero también fue facilitada por la entrada en masa durante la transición de nuevos militantes que portaban una cultura política más laxa que la de los militantes del antifranquismo. El acelerado cambio ideológico del PSOE se explica también por la confluencia de esa presión desde arriba con semejante predisposición por abajo.

Cuando me dispuse a elaborar este trabajo me interesaba mucho analizar la relación que la izquierda mantuvo con su tradición ideológica durante la transición, una relación que fue problemática, que fue conflictiva y que, en algunos momentos, llegó a ser traumática. En este sentido traté de poner el acento en la profunda contradicción que en el seno de los partidos de la izquierda se produjo entre la tradición ideológica de la que venían y el modelo de transición por el que terminaron apostando, una contradicción entre transición y tradición que se terminó saldando en beneficio de la primera y a costa de la segunda. Los casos más elocuentes, los dos acontecimientos que sintetizan este proceso, fueron el abandono del leninismo por parte del PCE en 1978 y la renuncia al marxismo por parte del PSOE en 1979: el abandono y la renuncia de dos iconos fundamentales de su tradición que decidieron sacrificar en el solemne altar de los medios de comunicación del país. Más allá de los debates teóricos que se desplegaron para justificar o rechazar estas decisiones –que en el libro se analizan con interés– resulta evidente que con estos gestos ideológicos tan efectistas los dirigentes de ambos partidos intentaron proyectar una imagen más funcional para las batallas inmediatas de la transición. En estos casos, como en muchos otros, las urgencias del presente motivaron una revisión acelerada de su bagaje cultural e ideológico. Por bagaje no me refiero solo a iconos, rituales y jergas corporativas de origen remoto, esos aspectos fundamentales en los que muchas veces radica, más allá de las propuestas de acción, la identidad de un colectivo político. Por bagaje me refiero también, en sentido amplio, a buena parte de la cultura política del antifranquismo. En el capítulo V dedicado a los medios de comunicación se analiza cómo en muchos momentos de la transición se penalizó tanto el franquismo como el antifranquismo, hasta el punto de presentar a éste como un subproducto de aquél. El PSOE, al contrario que el PCE, estaba capacitado, por su papel secundario en el antifranquismo y su imagen renovada, para esquivar este castigo. Además, como trato de probar en el análisis de las escuelas de formación del PSOE que se recoge en el capítulo IV, la misma dirección que inicialmente había estimulado esta cultura política dentro de sus filas la fue sofocando progresivamente.

Este libro partía de una premisa fundamental, a saber, que las relaciones de poder contra las que luchan los partidos de la izquierda se reproducen con frecuencia dentro de sus filas, que éstos no son una anticipación del mundo nuevo que pretenden construir,

que se trata de organizaciones que combaten el mismo mundo que las habita. Lo que el libro pretendía poner de manifiesto es que es ahí, en el seno de las relaciones de poder de un partido político, donde hace acto de aparición la ideología entendida –por decirlo en términos clásicos– como «falsa conciencia» o donde –por expresarlo con mis propias palabras– estas ideologías son objeto de múltiples «usos opacos». Por usos opacos me refiero a la instrumentalización de las ideologías por parte de los dirigentes del PCE y el PSOE de cara a la consecución de objetivos distintos a los que prescribía su contenido expreso. Por usos opacos me refiero también a la instrumentalización de las ideologías para sublimar en construcciones intelectualmente digeribles pulsiones políticas muy difíciles de satisfacer en la práctica. De hecho esa función sublimadora fue una de las características de la propuesta eurocomunista. Y por usos opacos me refiero especialmente al impulso que se dio a ciertos debates ideológicos –el del leninismo en el PCE fue un buen ejemplo de ello– para desviar la atención de los militantes de asuntos más tangibles que tenían que ver con los parcos resultados electorales, con las controvertidas decisiones que estaba tomando la dirección y con su continuidad o no al frente del partido.

Indudablemente estos cambios ideológicos guardaron mucha relación con las nuevas formas de comunicación política abiertas en un nuevo contexto de libertad informativa. Estos cambios ideológicos fueron concebidos, en buena medida, como golpes de efectos mediáticos en clave electoral en un tiempo en el que los partidos de la izquierda hicieron de su ideología un eslogan publicitario. Con esos gestos, con el abandono del leninismo y la renuncia al marxismo, quisieron ocupar portadas en los periódicos, romper con las asociaciones capciosas que les vinculaban a los modelos del Este, proyectar una imagen electoral más amable o, en el caso del PSOE, ofrecer una garantía simbólica a los poderes del país de por dónde iba a discurrir en la práctica su futura acción de gobierno.

El papel de los medios de comunicación fue central en la transición y condicionó de manera considerable a la izquierda. Con el paso de la dictadura a la democracia se pasó de la censura al consenso en los medios, de la prohibición expresa de lo que se podía decir al acuerdo tácito de lo que debía decirse en los grandes asuntos del momento. Uno de esos grandes asuntos fue la dimisión de Felipe González en el XXVIII congreso de 1979, cuando las bases del PSOE rechazaron su propuesta de renunciar al marxismo. En ese momen-

to, como se puede ver en el capítulo V, los medios interpretaron la impugnación de las bases socialistas como un cuestionamiento del modelo de transición en curso y salieron en defensa de González en lo que probablemente sea el caso de unanimidad periodística, junto con el 23-F, más intenso de la transición.

Por otra parte, con el libro quería explicar cómo fue posible que durante la transición estos dos partidos, que promovieron cambios ideológicos paralelos, experimentaran, sin embargo, trayectorias no ya distintas sino inversas: cómo fue posible que el PCE fuera a comienzos de la transición el partido más activo y vigoroso en la lucha contra la dictadura y, sin embargo, terminara el proceso roto en pedazos y con unos resultados mínimos en las elecciones de 1982; y, por el contrario, cómo fue posible que el PSOE, un partido que había desempeñado un papel marginal en la lucha contra la dictadura, terminara el proceso con una mayoría absoluta amplísima en esas mismas elecciones. De todo eso también se habla en el libro apelando a multitud de factores que se tratan de poner en relación. Entre otros se habla de los importantes apoyos internacionales que tuvo el PSOE, del peso histórico de sus siglas, de la percepción social de su liderazgo, del respaldo mediático que obtuvo, de la polivalencia de su discurso o de su sentido de la oportunidad política.

En el caso del PCE se habla de su tacticismo desprovisto de profundidad estratégica, de la atadura de sus dirigentes al recuerdo de la Guerra Civil construido por el franquismo, de su incapacidad para enriquecerse colectivamente de sus muchos intelectuales, del efecto retardado en la militancia de un cúmulo de frustraciones no previstas o de la incapacidad para cohesionar a una militancia tan rica como plural, o, más bien, de la proclividad a enfrentarla inútilmente con cuestiones identitarias. En este declive también hay que considerar la hostilidad de la mayoría de los medios de comunicación hacia el partido dirigido por Santiago Carrillo, en un momento en el que la política se desplazó en cierta medida de la lucha social al debate mediático y en un tiempo en el que además la dirección del PCE se empeñó en escenificar una serie de cambios que generaban tensiones internas, limitaban su capacidad de maniobra y además eran, con independencia de su autenticidad, constantemente desacreditados en prensa y radio.

En cuanto al efecto que tuvo en cada uno de estos dos partidos los parecidos cambios ideológicos que impulsaron, el estudio comparado pone de manifiesto algo bastante obvio que en política a

veces se olvida y que la medicina suele tener más claro: que la aplicación de un mismo remedio puede tener resultados diferentes en organismos distintos. Para un cuerpo puede ser revitalizante y para otro abrasivo.

De la lectura de estas líneas se deduce una visión crítica de la transición en general y de la izquierda en particular. No puede ser de otro modo. Lo extraño en un libro de historia es que adolezca de visión crítica. Lo aparentemente extraño también es que ciertos sectores se incomoden tanto cuando se mira a la transición y a la izquierda de la transición con el mismo filtro crítico que a otros procesos y agentes históricos. Por visión crítica en historia deben entenderse al menos tres cosas. Por una parte, un cautela extrema a la hora de considerar la imagen que de sí mismos dan durante el proceso analizado o posteriormente sus agentes y protagonistas, lo que nos lleva al tema crucial de la hermenéutica, o dicho de manera menos técnica, a la criba, el contraste y la contextualización de las fuentes, especialmente de los testimonios personales. Por otra parte, la dimensión crítica que debería regir la historia pone el acento en su voluntad de dialogar e incluso de confrontar con otros relatos que dan cuenta del pasado por medio de procedimientos distintos. El diálogo es particularmente fructífero cuando se mantiene con la literatura, el cine o las múltiples memorias de la época. El diálogo es enconado cuando una memoria en concreto se institucionaliza y se convierte en mito y propaganda. Finalmente, la visión crítica debería consistir en no acomodarse a los relatos historiográficos más consolidados, incluyendo, si llega el caso, a los relatos propios, conscientes de que la verdad en la historia es siempre una verdad temporal, parcial y revisable.

Los trabajos críticos con la transición tienden a ser más polémicos porque la historia de la transición es una historia del presente, en el sentido de que se corresponde con la historia vivida por una generación todavía muy activa en la vida pública. En este sentido, algunos de los protagonistas de la época que, como es natural, han opinado o escrito sobre la transición, han confundido a veces la historia de la transición con su memoria personal de los hechos y han tendido a atribuir al proceso una bondad o una maldad, generalmente una bondad, paralela al ascenso social o profesional que experimentaron durante aquellos años. El problema para una parte de estos protagonistas es que viven los relatos críticos de la transición no solo como una impugnación a su memoria, sino como un cuestionamiento de su papel en el proceso, como un cuestionamiento de sus biografías.

Otra cuestión de mayor envergadura radica en el hecho de que la transición ha operado, y en buena medida sigue operando, como el mito fundacional de nuestro actual régimen político. Hasta la transición España no había tenido un acontecimiento identitario que suscitara un reconocimiento amplio de la ciudadanía. Constatada esa debilidad histórica, tan lacerante para construir una noción de país, en la década de los ochenta se trató de forjar, como señala J. Pérez Serrano, una renovada y fortalecida identidad nacional sobre dos bases. Por una parte, sobre la base material de un nuevo, o no tan nuevo, proyecto de modernización y, por otra, sobre la base simbólica de una identificación colectiva con el momento fundacional del nuevo sistema político, es decir, con la transición. En mi opinión, este proyecto de modernización debía descansar a su vez en tres pilares: en una democracia representativa y una organización territorial del Estado relativamente descentralizada; en un gran pacto social que mantuviera unos niveles relativos de bienestar material o en su defecto unos niveles de conflictividad social tolerables; y en la integración en Europa para disfrutar de sus posibilidades de desarrollo y progreso. El partido que vino a desarrollar este proyecto fue precisamente el PSOE salido de la transición. En cuanto a lo segundo, fortalecer la identidad colectiva exigía construir un relato histórico que devolviera la autoestima a los españoles al presentarlos como un gran pueblo que por la vía de la moderación y la reconciliación nacional logró recuperar sus libertades e integrarse en Europa. Este fue en parte el origen de un relato de la transición convertido en memoria oficial y de memoria oficial en conmemoración constante por todos los gobiernos.

Y, ¿qué papel desempeñaba la izquierda en esta memoria oficial, que no historia oficial, de la transición? Como en el caso de la derecha el papel de la izquierda quedaba resumido en el papel virtuoso de sus principales dirigentes. En este sentido, si la transición ha operado como el mito fundacional de nuestro actual sistema político, Felipe González o Santiago Carrillo han sido presentados como sus figuras ejemplares. El primero como prototipo de las virtudes moderadas de la socialdemocracia y artífice del nuevo proyecto de modernización del país. El segundo como el domesticador de un partido propenso, cuando menos, a generar inestabilidad y a bloquear esa aspiración. Ambos como hombres de Estado dispuestos a dejar de lado sus intereses personales y de partido a fin de traer la democracia a España por la vía del entendimiento con el adversario franquista.

Sobre este último aspecto cabría preguntarse si esta voluntad de acuerdo más que una virtud casi moral no fue resultado del cálculo, la necesidad, la impotencia o, ya puestos a valorar motivaciones individuales, del atractivo que pudo suponer para alguno de ellos dejar de ser paria en el exilio para ser reconocido como hombre de Estado.

En el caso del PCE es donde algunos de estos elogios públicos se han revelado más interesados. Llama la atención que lo que mejor se valore de la dilatada y prolija vida política de Santiago Carrillo sea su papel como secretario general del PCE durante la transición, cuando su partido terminó este proceso hecho añicos. Por más que la descomposición del PCE sea atribuible a un complejo conjunto de factores internos y contextuales –que lo es y de eso trata este libro– cierto porcentaje de responsabilidad habrá que atribuir también a quien fuera su máximo dirigente, sobre todo ahora que tan de moda están las teorías de la elección racional o, al menos, para no caer en visiones fatalistas que sugieran que el partido portaba el gen de su propia destrucción o en un determinismo contextual según el cual el nuevo entorno democrático sería inhabitable para el PCE. De igual modo llama la atención que lo que más se valore del PCE sea su capacidad para distanciarse de su proyecto originario de ruptura democrática y para participar en los grandes consensos de la transición. Atendiendo a ambas cosas parece que algunos de los elogios al papel del PCE en la transición fueran una celebración encubierta de su derrota o, más concretamente, de los proyectos por los que apostó en un primer momento.

Frente a estas explicaciones elitistas y moralizantes basadas en las supuestas virtudes o traiciones de los dirigentes de la izquierda, el libro ha pretendido explicar algunos aspectos de la transición como creo que deben explicarse los procesos de cambio: como procesos donde el ritmo de los acontecimientos no los va marcando la maldad o la bondad de una serie de dirigentes, sino la confrontación de proyectos, los conflictos de intereses y las luchas de poder entre sujetos múltiples que logran en ocasiones imponer sus objetivos y en otras llegan a acuerdos y a transacciones en virtud de la correlación de fuerzas, de sus esquemas de valores, de su propia audacia y, también, por supuesto, de la capacidad, muchas veces escasa, a la hora de atenerse a unos principios y de la proclividad, mayor o menor, a ser cooptados por el contrario. Pero lo que a mí realmente me interesaba –y en ello se centra el libro– era analizar cómo se libraron estas batallas políticas en el ámbito simbólico, en el ámbito de los

significados, en el ámbito que Paul Ricoeur llama, precisamente, ideología. En este sentido, en el libro hice una apuesta fuerte por la noción de ideología en un momento en el que el concepto estaba en cierto desuso en la Academia por su polisemia y por el efecto que en ella tuvieron dos fenómenos político-culturales ya antiguos: la proclamación de «el fin de las ideologías» (que cuestionaba el papel de las ideologías en los procesos sociales) y los cánones posmodernos (desde los que solo se hablaba de discursos porque la ideología no significaba nada dado que podía significarlo todo). Frente eso traté de aprovechar la revalorización que el concepto estaba experimentando en el ámbito del pensamiento político con trabajos como los de Slavoj Žižek y traté sobre todo de aprovechar versatilidad de su polisemia para asir fenómenos tan complejos como el de la significación que los partidos de la izquierda de la transición dieron a su práctica política. A gestionar esa polisemia me ayudaron también los planteamientos de Terry Eagleton y los postulados de la Historia de los Conceptos impulsada por Reinhart Koselleck.

La transición se ha explicado a veces como resultado del desarrollo mecánico de una lógica estructural precedente que dejaba poco margen de maniobra a los agentes políticos. En algún momento se ha llegado a presentar como el resultado lógico de la adaptación de las instituciones políticas a los efectos sociales de la liberalización económica emprendida por el desarrollismo franquista de la década de los sesenta. También se ha presentado como el paso necesario para la consecución de una aspiración nacional unívoca devenida en fuerza motriz imparable: la aspiración a integrarse en una Europa liberal y democrática concebida como espacio de normalidad política. Otras veces el desarrollo del proceso se ha explicado a partir de una serie de condiciones de partida idealizadas y teóricamente inamovibles (la mentalidad de los españoles) o del diseño temprano y milimétrico de los poderes reales (la embajada de EEUU). Frente a esto en el libro se apuesta por una concepción del cambio político donde se reconoce el peso de unas estructuras económicas, sociales, políticas y culturales que condicionaron sin duda la acción política, pero donde el curso inicial e inercial del proceso se fue modificando por acontecimientos inesperados, cambios contextuales y por decisiones no predeterminadas que se tomaron sobre la marcha. En el libro traté de captar esa motilidad con un relato también secuencial y cronológico de los hechos. Este énfasis en la diacronía y en el carácter abierto de todo proceso de cambio es fundamental para aca-

bar con otro de los mitos de la transición, el de su inevitabilidad o necesidad, que a su vez es deudor y acreedor de otro mito: el de su naturaleza óptima.

Con frecuencia se ha planteado que en la transición se hizo lo único que se podía hacer y que, por tanto, se hizo de la mejor manera posible. La apelación a lo inevitable ha sido un recurso justificativo muy habitual en algunos dirigentes, cuadros y militantes de la izquierda que al cabo del tiempo se han sentido cuestionados por su papel en el proceso. El problema, como nos ha explicado Josep Fontana, es cuando la inevitabilidad se eleva a la categoría de concepto explicativo de los procesos históricos. En este caso los historiadores parecen encadenarse a un viejo historicismo de cuño hegeliano al plantear algo así como que en la transición sucedió lo único que podía suceder por tratarse de lo más racional. Frente a esto conviene recordar que, a pesar de las importantísimas limitaciones contextuales, en la transición se tomaron solo algunas de las muchas opciones posibles, por más que como suele ser habitual en la diatriba política algunos dirigentes de la izquierda hicieran y sigan haciendo del difícil contexto una coartada para justificar decisiones que respondían a otras motivaciones. Pero si había otras opciones posibles, obviamente no todo era posible. El reconocimiento del carácter abierto del proceso tampoco debe llevar a planteamientos ingenuos que de vez en cuando se oyen en críticas de brocha gorda a la transición, según las cuales la ruptura democrática, si acaso no la revolución social, estaban al alcance de la mano y fue la actitud traicionera de los dirigentes de la izquierda lo que la frustró. Frente a esto hay que tener en cuenta que la correlación de fuerzas era adversa y que el proceso estuvo extraordinariamente limitado por la amenaza golpista, por la presión exterior y por algo que a una parte importante de la izquierda le cuesta reconocer: por el miedo, la pasividad, la conformidad o el apoyo expreso —fuera natural o inducido (ese es otro debate)— de buena parte de la sociedad española.

Este libro no se ha dedicado a calibrar el posible resultado de esas opciones alternativas a partir de la construcción especulativa de contrafácticos. En lugar de preguntarse acerca de lo que hubiera sucedido en el caso de que la que la izquierda hubiese hecho tal o cual cosa se ha preocupado fundamentalmente de explicar por qué hizo lo que finalmente hizo, sin colegir de ello que no pudiera hacer otra cosa y sí prestando particular atención a quienes plantearon vías alternativas o se resistieron a las que finalmente se abrieron paso.

Uno de los problemas de la historia en general y de la historia de la transición en particular es que en ella han abundado aquellos relatos que sólo miran al pasado atendiendo a lo que del pasado ha logrado imponerse. Esto supone renunciar al menos a tres cosas importantes. Por una parte, supone renunciar a conocer, por el interés que tiene en sí mismo, un repertorio riquísimo de proyectos, experiencias y culturas políticas y militantes que se disiparon o entraron en reflujos a lo largo de la transición. Por otra parte, supone no entender algo que con frecuencia sucede en los procesos de cambio político: que aquellos proyectos y experiencias colectivas que finalmente salen derrotados actúan previamente como fuerzas motrices fundamentales y dejan su impronta en síntesis políticas y culturales en las que hasta a sus impulsores luego les cuesta trabajo reconocerse. Finalmente, estas visiones reduccionistas no alcanzan a entender que aquellas experiencias y proyectos alternativos muchas veces quedan atrás, como diría Walter Benjamin, en «un pasado que clama», de tal suerte que a veces son escuchados y reactualizados al cabo del tiempo ejerciendo una influencia inesperada. Este libro ha pretendido poner el énfasis en esos proyectos e ideas que se desarrollaron con fuerza en el seno de una parte del PSOE y sobre todo del PCE o de su entorno, y que se expresaron, finalmente, en forma de disidencia. De la riqueza y la garra de esas ideas creo que dan fe los escritos de algunos pocos intelectuales, sobre todo los de Manuel Sacristán, y de los muchos militantes de base que se reproducen en el libro. De la influencia que han ejercido sobre una parte importante de la izquierda alternativa en las décadas de los ochenta y de los noventa espero dar cuenta pronto. De la influencia que están ejerciendo en la actualidad empiezo a hacerme una idea todavía muy precaria.

Cuando escribí el libro traté de hacerlo según el ideal que aspira a comprender el pasado desde sus propios parámetros. De ahí, entre otras cosas, la preocupación por dejar hablar en el cuerpo del texto a muchos dirigentes, intelectuales y, sobre todo, militantes de base. Pero un ideal es una aspiración, un principio que tomamos para regular en esa dirección nuestra práctica cotidiana, nuestra práctica historiográfica en este caso. Por eso cuando escribí el libro también lo hice reconociéndome que, como decía Benedetto Croce, toda historia es historia contemporánea, en el sentido de que se escribe siempre desde los valores o los anhelos propios de cada cual y del tiempo en el que vive. La historia, afortunadamente, no se limita a notariar el pasado, sino que construye interpretaciones y atri-

buye significados que están imbuidos de los valores del historiador. Ello es compatible con la cientificidad de la disciplina, siempre y cuando esta se asiente, entre otras cosas, en la demostración documental de las afirmaciones que se hacen, en el establecimiento de inferencias lógicas y en la puesta en relación del conocimiento acumulado sobre el tema en cuestión. Eso traté de hacer sin necesidad de disfrazarme de científico neutro. Indudablemente yo tengo mis valores y anhelos, o, por evitar eufemismos, mi propia ideología. Todos los historiadores tienen la suya. El problema es que muchas veces algunas ideologías se naturalizan en el relato histórico como sentido común o juicio profesional. Por fortuna, la historiografía de la transición es cada vez más amplia, rica y plural, a pesar del poco espacio que tiene en el debate público. Indudablemente hay buenos estudios de la transición en los que se entrevén perspectivas liberales o socialdemócratas. Lo que cabe preguntarse, sin embargo, es por qué el centrismo, la moderación, el liberalismo o la socialdemocracia deberían constituir –como muchas veces se pretende en la Academia– el baremo universal, el sentido común inapelable, desde el cual valorar historiográficamente este proceso. La respuesta es que esas perspectivas ideológicas son tan históricas y normativas como cualquier otra. La pregunta que también deberíamos hacernos en el gremio es por qué en el caso de la transición la discrepancia política se disfraza tantas veces de crítica historiográfica. Las respuestas, creo, tienen que ver con esas cuestiones generacionales y relativas a la transición como mito legitimador de nuestro sistema político de las que hablaba antes.

Decía E. P. Thompson que cuando un historiador está inmerso en la indagación de los hechos del pasado es bueno que suspenda cautelarmente sus valores; pero que una vez ha delimitado por medio de los procedimientos técnicos y validables del oficio esa historia, está libre para identificarse o no con los actores y proyectos de su narración, y que en esa identificación radica a veces la fuerza de verdad de su relato. Yo he tratado de hacer lo primero y no he renunciado a lo segundo. Explica Enzo Traverso que la política es el vector que suele conectar el presente con el pasado. Indudablemente la identificación política con los agentes del pasado suele ser más fuerte cuanto más próximos están en el tiempo y cuanto más politizados están precisamente esos agentes. Como la transición está muy cerca, y los sujetos estudiados son partidos políticos, es normal que las identificaciones sean algo más intensas. En cualquier caso puedo

decir que mi distancia, al menos temporal, es mayor que la de quienes vivieron aquellos hechos.

Esta segunda edición es una prueba del interés que la transición y la izquierda han cobrado. El interés se debe a que el proyecto de modernización que la transición legitimaba, y el mito mismo de la transición, han entrado en crisis. La crisis del proyecto de modernización ha afectado a los tres pilares que se citaban antes: el sistema político, la integración europea y el pacto social. Para buena parte de los ciudadanos el sistema político tipificado legalmente en el 78 ha terminado alentando un bipartidismo injusto, favorece la corrupción, ha sido despojado de poder real y ya no es capaz de armonizar las diferentes aspiraciones territoriales. En cuanto a Europa, el modelo de integración empieza a ser visto como un proceso de transferencia de soberanía a instituciones políticas y sobre todo financieras no susceptibles de control democrático, un modelo que ha terminado conduciendo a un régimen neocolonial desdoblado en un centro productor, exportador y acreedor y una periferia improductiva, importadora y endeudada. A propósito del pacto social de la transición cabe decir que –si alguna vez se cumplió en beneficio de los sectores populares– hace mucho tiempo que se rompió con el incremento del paro, la precariedad, la exclusión social y la pobreza.

En el plano simbólico el mito de la transición ha decaído, como es lógico, por efecto de la crisis del proyecto político al que iba unido. También por contraste con una historiografía cada vez más amplia y normalizada. También por su propia inconsistencia formal, a caballo entre un tono cándido y naif y una rigidez que le ha impedido integrar siquiera una parte de los relatos discrepantes.

Creo que el renovado interés por el libro radica también en el hecho de que en la actualidad parece que nos estamos aproximando a una crisis orgánica de régimen, en la que se dan condiciones para abrir un nuevo proceso de cambio político y donde los actores se están definiendo y empiezan a medir sus fuerzas. Obviamente, esto invita a trazar paralelismos y analogías con la transición, pues el conocimiento del presente necesita con frecuencia de estos procedimientos comparativos. Además es natural que se trate de buscar en el proceso de la transición algunas respuestas a los interrogantes de hoy, dado que uno siempre obra a partir de las inercias que dejan sus experiencias inmediatas o, cuando quiere superarlas, de la relectura crítica de las mismas. En este sentido creo que en la transición hay ejemplos y contraejemplos que pueden ayudar hoy a obrar con au-

dacia y sentido de la justicia. Pero como el libro se escribió antes de esta nueva situación política no contiene, siquiera de manera sugerida, estos paralelismos y analogías, de modo que es ahí donde el lector que los vaya buscando tendrá que ser aún más creativo. De todas formas conviene no obsesionarse con la transición, porque la situación actual presenta, a mi modo de ver, importantes diferencias que obligan a interpretarla también desde nuevos parámetros. Yo no creo que la historia se repita, aunque quizá convenga mirarla de reojo para asegurarse de ello, porque si lo hace quizá sea, como dijo el clásico, en forma de farsa.